

GERARDO DANIEL RAMOS SCJ

“CULTURA” E “INCULTURACIÓN” EN JUAN PABLO II

Con particular referencia al contexto latinoamericano
y a la vida consagrada¹

RESUMEN

Reelaborando algunos puntos de su tesis doctoral, que llevaba por título “Hacia una más plena inculturación de la vida religiosa betharramita en América Latina”, el autor sistematiza los textos más significativos de Juan Pablo II referentes a *cultura e inculturación*, guardando una particular preocupación por mencionar los que hacen referencia más explícita a América Latina y a la vida consagrada. Con un estilo sintético, busca describir las principales líneas articuladoras del pensamiento pontificio, evitando al máximo sus propios comentarios y juicios valorativos.

Palabras clave: Juan Pablo II, cultura, inculturación, América Latina.

ABSTRACT

Reexamining his dissertation “Towards a better inculturation of Betharramite Religious Life in Latin America” the author introduces John Paul II’s most significant texts on culture and inculturation. He pays special attention to those texts on Latin America and consecrate life. His aim is to describe the Pope’s thought main structure.

Key words: John Paul II, culture, inculturation, Latin America.

1. El presente artículo es una reelaboración de los capítulos II y VII (parte) de mi tesis doctoral (inédita), que lleva por título: “Hacia una más plena inculturación de la vida religiosa betharramita en América Latina”, Facultad de Teología, PUCA, Buenos Aires, 1998.

En el marco de la permanente preocupación de Juan Pablo II por acercar la misión de la Iglesia al “hombre concreto, histórico y real” (cf. RH 13-14) y así favorecer su encuentro y familiaridad con la persona de Jesucristo (cf RH 10), la reflexión cultural² adquiere en cierto modo un talante transversal a lo largo de todo su prolífero magisterio.³

La intención del presente artículo es ofrecer al respecto una visión de conjunto con carácter sintético. En ella procuraré resaltar la articulación intrínseca de los diferentes aspectos con que el Papa aborda la cuestión, reduciendo al máximo mis comentarios. Me detendré primero en lo que se podría denominar *concepto* y *dinamismo* de la cultura; abordaré luego el significado y alcance de la inculturación; consideraré de un modo particular los textos contextuados en América Latina (dado nuestro natural interés regional) y los que afectan a la vida consagrada (ya que, por la movilidad de sus miembros, la temática reviste en ella una particular importancia).

2. Sobre el tema “Cultura”, en el contexto de los desafíos de la evangelización, cf. M. DO C. AZEVEDO, *Comunidades eclesiais de base e inculturacão da fe*, São Paulo, Loyola, 1986; H. CARRIER, *Lexique de la Culture. Pour l'analyse culturelle et l'inculturation*, Louvain-la-Neuve, Desclee-Tournai, 1992; *Il contributo del Concilio alla cultura*, en LATOURELLE (org.), *Vaticano II. Bilancio. Prospettive. Veinticinque anni dopo 1962-87, II*. Roma, Citadella, 1987, 1435ss. P. CAUSSAT, *De l'identité culturelle. Mythe ou réalité*, Paris, Desclee de Brouwer, 1989. CELAM, “Teología de la Cultura”, *Documentos Celam* 85, Quito, 1989. C. GEFRE, (ed.), *Theologie et Choc des Cultures*, Paris, Cerf, 1984; R. GUARDINI, *Christianisme et culture*, Paris, Casterman, 1967; “Pensamiento sobre la relación entre cristianismo y cultura”, en *Cristianismo y sociedad*. Salamanca, Sígueme, 1982, 129ss. S. MONTECINO, “Universalidad y particularidad: la noción de cultura y la relación sexo/género”, *Persona y Sociedad* IV: 1 (1990), 45. A. MOSER, “Moral e cultura: entre o dialogo e o etnocentrismo”, en AAVV, *Teología moral e Cultura*, Aparecida, Santuario, 1992; P. POPESCU, *Cultura y Libertad*, Buenos Aires, Euthymia, 1990. P. RICOEUR, “Civilización universal y culturas nacionales”, en *Ética y cultura*, Buenos Aires, Docencia, 1986, 43ss.; P. SUESS, “Cultura e Religião”, en *REB* 196 (1989), 778; *Culturas e Evangelização*, São Paulo, Loyola, 1991; AAVV, “Evangelho e culturas”, en *Estudios Bíblicos* 41, Petropolis, Vozes e São Leopoldo, 1994.

3. Para una visión de conjunto sobre el magisterio de Juan Pablo II, cf. mi artículo “Semblanza del magisterio teológico-pastoral de Juan Pablo II”, en *Pastores* 23 (2002), 51-62.

1. Concepto y dinamismo de la “cultura”⁴

1.1 Aproximación filosófica

Según el Papa, “la cultura es aquello por lo que el hombre, en tanto hombre, deviene más hombre, «es» más, accede más al «ser»”.⁵ Traza así una clara diferenciación entre el *ser* y *tener* del hombre: mientras el primero se vincula al desarrollo y realización de sus capacidades, el segundo es “no sólo secundario, sino enteramente relativo”.

Inscrita en el orden del “ser” del hombre, el fin de la cultura “es darle [...] una perfección, un desarrollo de sus posibilidades naturales”.⁶ En efecto, “la persona humana [...] no podrá desarrollarse plenamente, tanto a nivel individual como social, sino a través de la cultura”.⁷ De este modo, la cultura no es algo accidental al hombre, sino que el desarrollo de ésta es intrínseco a su naturaleza. “La cultura le permite al hombre respetar a sus semejantes, ocupar mejor su tiempo libre, trabajar con un sentido más humano, disfrutar de la belleza y amar a su Creador”.⁸

Por eso, el hombre es un ser cultural; es a través de ella que deviene plenamente hombre, en un proceso histórico que va desarrollando a lo largo de su vida. Así, la cultura “caracteriza al hombre y lo distingue de otros seres no menos claramente que la razón, la libertad y el lenguaje”.⁹

4. Para el tema “cultura en Juan Pablo II”, cf. CONSEJO CATÓLICO PARA LA CULTURA (PERÚ), *El Evangelio y la cultura en las palabras de Juan Pablo II*, Lima, 1991; G. DOIG KLINGE, *Juan Pablo II y la cultura en América Latina*, Bogotá, CELAM / SEPAC, Serie Fe y Cultura 9, 1991; J. TORRE HERNÁIZ, “El problema de una cultura cristiana en los escritos de Juan Pablo II”, en *Excerpta XVII*, Pamplona, Universidad de Navarra, Facultad de Teología, 1990, 330ss. Utilizaré de modo específico la siguiente bibliografía: “Discurso a la UNESCO”, en *Insegn.* III (1980) 1, 1636 [=DiscUn]; “Discurso en la Universidad de Coimbra”, en *Insegn* V (1982) 2, 1694ss [=DiscUC]; “Carta al Cardenal Casaroli con motivo de la fundación del Consejo Pontificio para la Cultura”, en *L'Oss.Rom.* (Esp), 20/5/82, 391ss.; “Mensaje al Director General de la UNESCO”, en *DocCat* 1836 (1982), 804ss.; “A los Obispos de Mozambique en visita «ad limina»”, en: *DocCat* 1838 (1982), 916ss.; “Al Consejo Pontificio para la Cultura”, en *L'Oss.Rom.* (Esp), 13/1/86, 145ss.; “Discurso a los representantes del mundo de la Cultura (Buenos Aires) [=BsAs]”, en *DocCat* 1940 (1987), 537ss.; “Encuentro con el mundo de la cultura (Uruguay)”, en *DocCat* 1963 (1988), 538; “Discurso a la Conferencia Episcopal Uruguaya”, en *DocCat* 1963 (1988), 544; “A la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura”, en *L'OssRom* (Fr.), 15/3/97; Carta Apostólica “Camino del Evangelio” a los religiosos y religiosas de América Latina (1990) [=CE].

5. *Discurso a la UNESCO*.

6. *BsAs*.

7. *DiscUC* 2.

8. *BsAs*.

9. *Ibid.*, 3.

El Papa subraya también la dimensión histórica, comunitaria y “popular” de la cultura cuando afirma que el hombre “no es sólo artesano de la cultura sino también su destinatario. En las dos acepciones fundamentales de formación del individuo y de formas espirituales de la sociedad, la cultura tiene por objeto la realización de la persona en todas sus dimensiones, en todas sus capacidades”, y que así entendida, “la cultura engloba la totalidad de la vida de un pueblo, el conjunto de valores que lo animan y que, participados por todos los ciudadanos, lo reúnen sobre el fundamento de una misma «consciencia personal y colectiva» (EN 18)” (*DiscUC* 3).

Pasa de este modo de un sentido “humanista clásico” de cultura a otro “antropológico-cultural” moderno –el cual incluye elementos sociológicos y etnológicos. Conforme esta segunda acepción la cultura tiene no solamente una dimensión individual, sino también comunitaria y social; ya que “es el bien común de cada pueblo, la expresión de su dignidad, de su libertad y de su creatividad, el testimonio de su caminar histórico” (ChL 44). Implica “su modo propio de concebir los valores y antivalores, sus creaciones, sus modos de establecer relaciones, de trabajar, de celebrar la vida”.¹⁰ Por otra parte, este patrimonio de cada pueblo se va enriqueciendo a lo largo del tiempo a través de “múltiples contactos” (cf. *DiscUC* 2) con otros pueblos.

Así, “la verdadera cultura es instrumento de acercamiento y participación, de comprensión y solidaridad”.¹¹ Los valores de universalidad “permiten a las culturas particulares comunicarse entre ellas y enriquecerse mutuamente”. De allí que “una cultura sin valores universales no es una verdadera cultura”.¹² De este modo, el Pontífice desarrolla un sentido universal de cultura, el cual involucra a todos los pueblos con sus riquezas específicas. Los dones de cada una de las culturas particulares contribuyen al desarrollo y crecimiento de las otras, favoreciendo un intercambio que huele a incoación escatológica del Reino.

En esta línea, cultura “implica también, en su apertura a la totalidad de la existencia, la disponibilidad para el diálogo con Dios, bajo las diversas formas que se puede expresar la relación con la trascendencia”.¹³ Esta dimensión religiosa de la cultura presenta en América Latina “un fuerte arraigo cristiano que aquí, en Argentina, ha asumido una diversidad par-

10. Encuentro con el mundo de la cultura (Uruguay).

11. *BsAs*, 2.

12. *Ibid.*, 4.

13. Encuentro con el mundo de la cultura (Uruguay).

ricular, favorecida por el encuentro de diversas razas y pueblos, especialmente europeos. A todo esto se añade el dinamismo y vigor de una nación joven y creativa".¹⁴

En el trasfondo del pensamiento pontificio, se descubre el influjo de GS 53, donde aparecen como elementos constitutivos de la cultura: 1) desarrollo humano integral; 2) modo de relación con el mundo; 3) humanización de las relaciones humanas a todo nivel; 4) proyección histórico-social; 5) apertura a la trascendencia.

1.2 Contextualización teológico-pastoral

1.2.1 El Evangelio y la/s cultura/s

Dice el Papa que "al proponer su ideal de humanidad, la Iglesia no pretende negar la autonomía de la cultura", al contrario, que "tiene hacia ella el más grande respeto, como ella tiene el más grande respeto por el hombre". No obstante –continúa– "la historia nos enseña que el hombre, lo mismo que la cultura que construye, puede abusar de la autonomía a la cual tiene derecho. La cultura, lo mismo que su artífice, puede caer en la tentación de reivindicar para ella misma una independencia absoluta ante Dios. Puede incluso volverse contra él. Para nosotros, que tenemos la dicha de creer en Dios, esto no se hace sin perjuicios" (*DiscUC* 5).

De esta manera, el Pontífice evita caer en dos tentaciones extremas: 1) la de promover un modelo de cristiandad que tiende a "esclavizar" la cultura respecto al Evangelio, restando sentido de trascendencia a éste y limitando el libre desarrollo y autonomía de aquélla. Esto equivaldría a un "monofisismo cultural"; 2) la de pensar Evangelio-cultura como incompatibles o heterónomos, siguiendo el modelo propio de la Ilustración que veía en aquél un promotor de "oscurecimiento" cultural; lo cual restaría trascendencia a la cultura y reduciría la vivencia evangélica a las esferas de la conciencia personal. Esto equivaldría a un "nestorianismo cultural".¹⁵

14. BsAs. Torre Hernaiz afirma que, para el Pontífice, la cultura "está centrada única y exclusivamente en el hombre", y que "aparece como el ámbito en el que el hombre desarrolla su existencia, es decir, el conjunto de circunstancias históricas, políticas y sociales que determinan el contexto en el que el hombre vive", y que "del mismo modo es cultura todo aquello que puede considerarse fruto de la actividad humana tanto en su aspecto espiritual como material, entendiendo por material todo aquello que es más directamente producto de su técnica" (*Op. cit.*, 349-351).

15. Se percibe así el influjo de *EN* 20, donde Pablo VI afirma que "el Evangelio y la evangelización no se identifican con la cultura", y que "son independientes respecto a todas las culturas"; pero que "no obstante, el Reino que el Evangelio anuncia es vivido por hombres profundamente ligados a una cultura".

Para evitar estas tentaciones extremas, se hace necesaria una reflexión entre Evangelio y cultura/s en clave de intercambio, donde haya una *donación* del primero a la/s segunda/s (o una *recepción* de la/s segunda/s respecto del primero); como así también una *donación* de la cultura al Evangelio (o una *recepción* de éste respecto de aquélla). Esto implicará, pues, dos movimientos mutuamente enriquecedores y complementarios. Por una parte, un movimiento descendente del Evangelio hacia la cultura, y por otra, un movimiento ascendente de la cultura hacia el Evangelio.

1.2.2 El Evangelio para la/s cultura/s

Juan Pablo II describe el movimiento que he denominado descendente con los principios de “impregnación” y “penetración”. Por el primero, el Evangelio informa, anima y eleva los más variados ámbitos de la vida de las personas y los pueblos en una determinada cultura, sin restarle su legítima autonomía, sino más bien salvaguardándola. Así, “la nueva etapa de la evangelización de todos los fieles cristianos debe repercutir en toda la vida social impregnando todos los aspectos de la cultura [...]. Es preciso [...] que la vida misma del país, en todas sus manifestaciones, sea conforme a los principios evangélicos”.¹⁶

Por el segundo se va más allá de una mera adaptación y se procura llegar al *ethos* mismo de la cultura, pero sin invadirla ni forzarla, ya que se parte de “un esfuerzo por comprender las mentalidades y las actitudes del mundo actual e iluminarlas desde el Evangelio” y se apunta a un “proceso profundo y global” (cf. RM 52).¹⁷

Por otra parte, estos dos principios se inscriben en lo que el mismo Pontífice denomina “nueva etapa de la evangelización” o “Nueva Evangelización”. Esta consiste en “proclamar el Evangelio de siempre, pero de una forma «nueva». Es «nueva» porque el ambiente social y cultural en que viven los hombres a quienes hay que evangelizar exige muchas veces una «nueva síntesis» entre fe y vida, fe y cultura”.¹⁸

El desafío de la Nueva Evangelización surge de los cambios culturales en regiones ya evangelizadas, donde los nuevos desafíos que aparecen exigen creatividad tanto en cuanto a los métodos que se utilizan, como en

16. *Discurso a la Conferencia Episcopal Uruguayana*, 4.

17. *DSD* 22d.

18. “A los obispos españoles de la Provincia de Burgos”, en *Insegn* XIV (1991) 2, 766, 3.

relación a la actitud de los evangelizadores y a la expresión del contenido; de modo que la fe se encarne cada vez más. En concreto, América Latina "necesita una nueva evangelización que se proyecte sobre *sus pueblos y culturas*; «una evangelización nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión»" (CE 1).¹⁹ Así, "la urgente llamada a la nueva evangelización del Continente tiene como objetivo que la fe se profundice y se encarne cada vez más en las conciencias y en la vida social" (CE 14b).

1.2.3 *El Evangelio desde la/s cultura/s*

Para Juan Pablo II se produce también un movimiento inverso, de carácter ascendente, desde las culturas hacia el Evangelio. El fundamento de esta convicción radica en el misterio de la Encarnación, lo cual ha tenido una repercusión cultural:

"La cultura no es solamente sujeto de redención y elevación; ella puede también jugar un rol de mediación y de colaboración. En efecto, Dios al revelarse al pueblo elegido, se ha servido de una cultura particular; Jesucristo, el Hijo de Dios, se ha hecho carne: su encarnación humana ha sido también una encarnación cultural" (DiscUC 5).

Por eso la síntesis cultura y fe no es solamente una exigencia de la cultura, sino también de la fe, "puesto que una fe que no se haga cultura no es una fe plenamente acogida, enteramente pensada ni fielmente vivida".²⁰ De aquí que la Iglesia deba velar "particularmente por lo que se llama cultura viva, a saber, el conjunto de principios y valores que constituyen el *ethos* de un pueblo".²¹ Es a través de esos principios y valores que tendrá "carne" la novedad evangélica. De este modo, "inculturación del Evangelio va a la par de evangelización de la cultura".²²

19. Cf. "Discurso al CELAM", Puerto Príncipe, en *L'Oss.Rom.* 20/3/83, 179ss.; "En la apertura de la «Novena de años»", *Documento de Santo Domingo* III,4, 12/10/1984.

20. *Carta al Cardenal Casaroli con motivo de la fundación del Consejo Pontificio para la Cultura*. Esta temática es frecuentemente abordada por L. GERA: "Evangelización de la cultura", en *Sedoi* 40 (1979), 3ss.; "El hombre y su Cultura en Puebla y en el pensamiento de Juan Pablo II", en *Sedoi* 63 (1982), 5ss.; "Religión y cultura. El diálogo del cristianismo con la cultura moderna", en *Sedoi* 86/87 (1985).

21. *Ibid.*

22. *Discurso al Consejo Pontificio para la Cultura*, 5.

1.3 Significado y alcance del proceso de “inculturación”

1.3.1 Concepto

Lo tenemos que enmarcar en el contexto más amplio de la pastoral del pueblo de Dios. Ésta supone el anuncio del Evangelio (cf. RM 44),²³ el establecimiento de comunidades (cf. RM 48) y la “fundación de Iglesias locales” (RM 49). En este proceso y especialmente hoy, cuando “se percibe una crisis cultural de proporciones insospechadas y cuando son fuertes las corrientes de descristianización”, incluso en algunos países de larga tradición cristiana,²⁴ el desafío de encarnar el Evangelio en la cultura de los pueblos se hace más urgente.

La inculturación consiste en “establecer una cooperación fructífera con la gracia divina” que opera en las diferentes culturas en las que la Iglesia se hace presente en su obra misionera.²⁵ Esta “fructífera cooperación” con las culturas supone un doble movimiento: el de la “introducción del Evangelio por parte de la Iglesia en las culturas de los pueblos y, a su vez, la de los pueblos en la comunidad eclesial”.²⁶

El primer movimiento es de carácter descendente, y va del Evangelio *hacia* las culturas de los pueblos; el segundo es de carácter ascendente, y va a la comunidad eclesial *desde* los pueblos. El sujeto de esa “fructífera cooperación” es la Iglesia. Este doble movimiento supondrá “una íntima transfiguración de los verdaderos valores de las culturas por su incorporación al cristianismo”, de modo que haya *elevación* de aquéllas y *enriquecimiento* de éstas; como así también “inserción del cristianismo en las culturas” (RM 52), de modo que haya *recepción* de éstas y *reexpresión* de aquél.

Así, y según la *Comisión Teológica Internacional*, “el proceso de inculturación puede ser definido como el esfuerzo de la Iglesia por hacer penetrar el mensaje de Cristo en un cierto medio sociocultural, desafiándolo a crecer según sus valores propios, en tanto conciliables con el Evangelio”.²⁷

23. VC 79a; cf. RM 11. 31; VS 109; EV 78; “Discurso Inaugural a la IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”, 20.25.

24. Cf. “Mensaje a los Obispos Italianos reunidos en Asamblea”, *L'Oss.Rom.* (Edic. Port.), 23/11/96, 5; SA 11. 26; “Mensaje de Juan Pablo II en Nueva Delhi”, AAS 78 (1986), 749, 5.

25. VC 79a; cf. CA 51.

26. *Coetus Generalis extraordinarius habitus* 1985, *Relatio finalis*, II, C, 6. Cf. SA 21 y CT 53.

27. *La Fe y la Inculturación* I, 11.

De este modo, "las personas y eventos que son históricamente contingentes" en las culturas de los pueblos "se convierten en portadores de un mensaje trascendente y absoluto".²⁸ El pueblo de Dios asume las culturas, pero no se identifica con ellas; se vincula estrechamente, pero mantiene su trascendencia; vive *en* y *desde* ellas, pero no *por* ellas. Y así, a la par que se *asumen* todas las riquezas de los pueblos para expresar el misterio cristiano,²⁹ se los renueva a estos "desde dentro" de sus culturas. Se produce, pues, una relación de mutuo enriquecimiento, que responde tanto a las exigencias de las culturas como al dinamismo propio de la evangelización. El Evangelio *recrea* a las culturas y las *transfigura*, y las culturas de los pueblos contribuyen a la *reexpresión* de la comunidad eclesial y le permiten "conocer" y "expresar mejor el misterio escondido" (cf. FC 10).³⁰

1.3.2 *Fundamentación teológica*

El desafío de la inculturación tiene como primer fundamento teológico el misterio de la Encarnación del Verbo. En efecto, "al llegar la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios se encarnó por el Espíritu Santo en María" (cf. Gal 4,4), haciéndose hombre en tiempo y lugar muy preciso. "La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14).³¹ Ligándose "a las condiciones sociales y culturales determinadas por los hombres con los cuales ha vivido",³² salvó a todo el género humano. Por eso el Papa afirma que "el término «aculturación» o «inculturación» [...] expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación".³³

Así, dado que "Cristo nos salvó encarnándose, haciéndose semejante a los hombres", la Iglesia, "cuando anuncia el Evangelio y los pueblos

28. Decía Juan Pablo II a la Comisión Bíblica Internacional que "los vasos de arcilla pueden quebrarse, pero el tesoro que ellos contienen permanece completo e incorruptible", AAS 71 (1979), 607. Si bien se refería a la Revelación y no al Pueblo de Dios, puede captarse la analogía respecto a éste cuando el citado discurso destacaba la "trascendencia de la Revelación respecto a las culturas" (6).

29. FC 10. Cf. SA 7. 18. 19. 26. 27. 31; RM 24; EV 95-100.

30. Estas ideas son recurrentes en C. GALLI: "El Pueblo de Dios en los pueblos del mundo. Catolicidad, encarnación e intercambio en la eclesiología actual" (tesis doctoral inédita), Buenos Aires, Facultad de Teología, PUCA, 1993, 538; "La recepción Latinoamericana de la teología conciliar del Pueblo de Dios", en *Medellín* 86 (1996) 69ss.; "La teología latinoamericana de la cultura en vísperas del Tercer Milenio", en AAVV, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Bogotá, CELAM, 1997, 244ss.

31. CT 53; cf. EIA 60c.

32. COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Op. cit.*, II,12; Cf. RH 8; DeV 50.52.

33. Cf. CT 53a.

acogen la fe, se encarna en ellos y asume sus culturas” (EIA 60c). Al empeñarse en el proceso de inculturación no hace otra cosa sino prolongar y manifestar –dado su carácter sacramental– la actitud del Hijo de Dios, encarnándose ella misma (movimiento descendente) y asumiendo (movimiento ascendente) los valores culturales de los pueblos en los cuales se hace presente. Por eso, de modo semejante a como sucede con la inculturación de la fe, en la inculturación del Pueblo de Dios “obra el misterio de la encarnación del Verbo”.³⁴ Este se hace evidente en las iglesias particulares, que son la Iglesia universal hecha carne en medio de la cultura de un pueblo concreto (cf. EN 62).

Ahora bien, “el misterio de la Encarnación no puede dissociarse del de la Redención: la Hora de Jesús tiende al misterio Pascual. La kénosis es necesaria para la consiguiente exaltación” (cf. Fp 2,5-11).³⁵ En este sentido, toda cultura está llamada a ser purificada en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, ya que la Pascua inhiere en la encarnación como radicalización de la misma. Así como por la Encarnación principalmente se “asume”, por la Pascua principalmente se purifica y eleva. De este modo, el dinamismo del proceso de inculturación tiene un doble fundamento cristológico que inspira el modo de situarse y relacionarse del Pueblo de Dios con los pueblos del mundo.

Por último, el proceso de inculturación guarda lazos profundos con el misterio de Pentecostés y con la acción del Espíritu Santo.³⁶ Esto introduce el aspecto pneumatológico que fundamenta el discernimiento, y que constituye el *partner* inseparable de la inspiración cristológica. Así, los misterios de la Encarnación, Pascua y Pentecostés ligan el proceso de inculturación a la misión evangelizadora de la Iglesia, que es participación y prolongación de las misiones visible del Verbo e invisible del Espíritu. El proceso se inscribe de este modo en un contexto trinitario donde todos los pueblos están llamados a participar y manifestar el misterio y la vida del Dios uni-trino mediante el servicio insustituible del Pueblo de Dios.

34. “Discurso a los participantes en la VIIª Sesión del Consejo Internacional de Catequesis”, en *Insegn XV* (1992) 2, p. 190, 4.

35. EIA 61a; cf. *Propositio* 28. También, DiM 8; RMa 18.

36. EIA 61. Cf. *DeV* 8. 13. 24. 28. 40-42; *RM* 21-30. 36. 45.

2. Descripción del proceso

“El proceso de inserción de la Iglesia en las culturas de los pueblos exige largos períodos de tiempo”,³⁷ dado que “no es una mera adaptación exterior ni un sincretismo, sino una íntima transfiguración de los verdaderos valores de las culturas por su incorporación al cristianismo, como así también la inserción del cristianismo en las culturas”.³⁸ Este aspecto de progresividad supone actitudes y etapas que maduran lentamente, las cuales se inspiran en los misterios expuestos en el punto anterior.

2.1 *Espiritualidad*

En primer lugar, para una verdadera inculturación “es necesaria una actitud semejante a la del Señor, que se encarnó y vino a nosotros con amor y humildad”.³⁹ Por eso, *la espiritualidad de la inculturación* es la espiritualidad de la mansedumbre y humildad de Jesús (cf. Mt 11,29). Por otra parte, “sólo quien lleva en sí, en lo íntimo, la Verdad de Cristo hasta el punto de ser «prisionero» como el Apóstol (cf. Gál 1,10), puede hacer «cultura en Cristo»”.⁴⁰

Podría servir como ejemplo la actitud de M. Ricci, cuya vida religiosa ejemplar a la par que su acercamiento respetuoso y esforzado a las tradiciones chinas lograron captar el reconocimiento y la admiración de sus destinatarios.⁴¹ O también el modo de proceder Pablo en Atenas;⁴² quien incorpora la mediación del diálogo, entendido como la búsqueda paciente y generosa por tratar de conocer y valorizar lo que de Dios ya hay presente en el destinatario pastoral (“semillas del Verbo” y “frutos del Evangelio”).⁴³

2.2 *Agente-destinatario*

En lo referente a los *agentes de pastoral*, “el proceso de inculturación compromete a todo el Pueblo de Dios” y “no sólo a un grupo de ex-

37. RM 54. Cf. *Insegn XV* (1992) 2, 191, 5.

38. PDV 55; cf. RM 67.

39. VC 79.

40. *Insegn XV*, 2 (1992), 190, 4.

41. Cf. *Congreso internacional con motivo del IVº Centenario de la llegada a China de Matteo Ricci, Discurso a los congresistas*, 3 y 5.

42. “Discurso en Cartagena”, 8. Cf. RM 26.

43. Cf. DP 401-403.

pertos”,⁴⁴ y abarca “todos los ámbitos de la vida de la Iglesia”: la teología, la caridad, la liturgia, la catequesis.⁴⁵ Es la iglesia particular que debe ir madurando en su seno modos propios de expresar, vivir y celebrar la fe en un contexto cultural determinado. La espiritualidad de la inculturación debe progresivamente hacerse carne en un modo específico de ser Iglesia, “de acuerdo a la idiosincrasia o genio específico de los pueblos”.⁴⁶

De este modo el destinatario pastoral va convirtiéndose progresivamente en agente, ya que a través de los pueblos que se incorporan a la Iglesia ésta va discerniendo una autopresencia cada vez mayor y más íntima en ellos. Así, “las palabras de la cultura de cada pueblo se vuelvan aptas para manifestar y pregonar a los cuatros vientos que Cristo es el Hijo de Dios, el Salvador, que ha resucitado y es el centro de la creación y de la historia humana”;⁴⁷ impregnándose de eclesialidad “todos los ámbitos de su vida: familia,⁴⁸ economía, política, cultura”⁴⁹ (el *ethos* mismo del pueblo).⁵⁰

2.3 Método

Esto supone un método, que podríamos resumir en un triple empeño por asumir, purificar y elevar, o con otros términos análogos que respondan a la triple via affirmationis, via negationis y via eminentiae. Así el proceso de inculturación “sana, eleva y plenifica lo que de bueno hay en ellas (culturas), afianzando una cultura cristiana”.

El pueblo de Dios asume, al encarnarse, reconocer y utilizar tanto las “semillas del Verbo” (valores protológicos) como los “frutos” de un proceso evangelizador previo; purifica al discriminar lo que es antievangélico o incluso profundamente anticultural (una buena imagen sería la de la escoria que resta brillo a la ganga); y, en el mismo crisol del Espíritu, eleva los valores culturales haciéndolos expresión de fe teológica, y afianzando una cultura cristiana.⁵¹ A este último momento lo podemos llamar “transfiguración cultural”.

44. *RM* 54.

45. Cf. *CT* 53.

46. *RM* 53. Cf. “Mensaje en Nueva Delhi”, *AAS* 78 (1986), 748. 5.

47. “Discurso en Cartagena”, 7.

48. Cf. *FC* 10.

49. *EIA* 62.

50. Cf. “Carta al Cardenal Casaroli con motivo de la fundación del Consejo Pontificio para la Cultura”, en *L'OssRom* (Esp), 20/5/82, 391.

51. *RM* 52-54. Cf. *EIA* 61; “Aos Bispos de Tailandia”, *L'OssRom*. (Port.), 14/9/96, 9.

2.4 Discernimiento

El aspecto pneumatológico de la inculturación nos abre al discernimiento.⁵² Dice Juan Pablo II que “los retos que emergen hoy de las diversas culturas son innumerables”, y que “con todos ellos es urgente mantener fecundas relaciones, con una actitud de vigilante sentido crítico, pero también de atención confiada”.⁵³ Estas afirmaciones nos hacen entrever cuál es el desafío de fondo: descubrir desde la fe, y ante la/s cambiante/s cultura/s, qué es lo que hay que asumir, qué es lo que hay que purificar, y por qué camino puede elevarse lo asumido y purificado.

Se trata de un proceso “difícil”, en el que la fe cristiana no puede perder su identidad e integridad,⁵⁴ y en el que la adaptación debe ser hecha de modo fiel y genuino. Por esta razón, para un verdadero discernimiento en el proceso de inculturación se requieren básicamente tres cosas: 1) Una adecuada formación,⁵⁵ que incluirá la oración y el estudio, y que posibilitará un discernimiento prudente; 2) consulta y “acuerdo de las Iglesias particulares de una misma región”,⁵⁶ 3) por último y sobre todo, la insustituible asistencia del Espíritu Santo, presente en el “misterio de Pentecostés”.⁵⁷

Junto a estos requisitos, en diferentes oportunidades Juan Pablo II recuerda algunos criterios objetivos que deben tener presente las iglesias particulares. “Criterios de discernimiento son la compatibilidad con el Evangelio y la comunión con toda la Iglesia”,⁵⁸ como así también “la aptitud [de los nuevos valores] para glorificar a Dios, resaltar la gracia, y ayudar a conducir la vida de los bautizados”.⁵⁹ En la aplicación de estos criterios teológicos, eclesiológicos y antropológico-espirituales, los “obispos de las Iglesias particulares [y el clero] tienen una responsabili-

52. La temática del discernimiento cultural ha sido insistentemente abordada por J. C. SCANNONE: Ver, p. ej., “Teología, cultura popular y discernimiento”, en *Teología y mundo contemporáneo*. Madrid, 1975; “Sabiduría popular y teología inculturada”, en *Stromata* 35 (1979), 3ss.; “Nueva modernidad adveniente y cultura emergente en América Latina”, en *Stromata* 47 (1991), 145ss.; “Los desafíos actuales de la evangelización en América Latina”, en *CIAS* 417 (1992), 457.

53. VC 98.

54. Cf. RM 53.

55. PDV 55.

56. RM 53; cf. “Mensaje en Nueva Delhi”, 5.

57. EIA 61.

58. EIA 62; cf. FC 10; RM 54; SA 10. 11. 18; UUS 18-19.

59. Cf. “A los Obispos de Senegal, Mauritania y Cabo Verde”, en *DocCat* 5/4/92, 321.

dad específica”;⁶⁰ incumbiendo siempre “a la Santa Sede la misión de garantizar, en última instancia, la fidelidad al Evangelio y a la tradición apostólica, que la evolución cultural desafía”.⁶¹

Situaciones particularmente delicadas en la tarea de discernimiento constituyen muchas culturas antiguas, en las cuales “la religión está ligada al sentido trascendente de la cultura”.⁶² “Aquí la inculturación exige un serio y abierto diálogo interreligioso, que no se contrapona a la misión «ad gentes» ni libera del trabajo de evangelizar”.⁶³

2.5 Frutos

Por último, el proceso de inculturación “renueva, amplía y unifica los valores históricos pasados y presentes para responder así en modo adecuado a los desafíos de nuestro tiempo”. De este modo, el Papa quiere resaltar que un verdadero proceso de inculturación se inscribe en el *proyecto histórico de los pueblos*, al incidir decisivamente en sus culturas. Así, les ayuda a descubrir en su devenir secular las “huellas de la presencia de Dios, que guía a la humanidad entera hacia el discernimiento de los signos de su voluntad redentora” (VC 79a); haciendo que la *historia secular* se vaya transformando también en “*historia salutis*”.⁶⁴ Así, el proceso de inculturación va siendo cada vez más integralmente el “centro, medio y objetivo de la Nueva Evangelización”.⁶⁵

3. Evangelización de la cultura

En el contexto de lo que vengo diciendo, cabe ahora aclarar la distinción y complementariedad entre evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio. El proceso de inculturación tiende a –y a la vez plenifica– la “evangelización de las culturas”, que “representa la forma más profunda y global de evangelizar una sociedad”, pues “una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, ni totalmente pensada,

60. RM 53; cf. “Mensaje en Nueva Delhi”, 5-6; RM 49. 63-64.

61. VC 80b; cf. *Propositio* 40; “Mensaje en Nueva Delhi”, 5.

62. VC 79b.

63. *Ibid.*; cf. RM 55-57.

64. Cf. *Líneas pastorales para la Nueva Evangelización*, CEA-Oficina del Libro, Buenos Aires, 1992, 20.

65. *Discurso al Consejo Mundial de Catequesis*, 26/9/92.

ni fielmente vivida".⁶⁶ De este modo, "evangelización de la cultura" hace prevalentemente referencia a un proceso que va del Evangelio a la cultura; es decir, es la *donación* que el Evangelio hace a las culturas de los pueblos, enriqueciéndolas en lo más profundo de su *ethos*, trasformando los criterios mismos de juicio y acción.⁶⁷

Por otro lado, "la fe recibida en el corazón de cada persona y de cada pueblo, se expresa y vive de modo permanente en la propia cultura cuando ésta ha sido impregnada por el espíritu evangélico",⁶⁸ pudiendo de este modo "jugar un rol positivo de mediación para la expresión y manifestación de la fe cristiana".⁶⁹ Este sería el proceso de inculturación, que prioriza el movimiento ascendente de la cultura hacia el Evangelio, a saber, la *donación* de un pueblo que en estado de evangelización va asimilando y expresando su fe y su eclesialidad con un talante original, convirtiéndose en materia o "carne" de una nueva expresión creyente que enriquece la catolicidad de la Iglesia; y simultáneamente la *recepción* que el Pueblo de Dios hace de las nuevas manifestaciones eclesiales.

3.1 Inculturación en América Latina

Digamos algunas palabras con respecto al proceso de inculturación en América Latina según Juan Pablo II. Afirma el Pontífice que en nuestro subcontinente se trata de "responder a la cultura adveniente y a las culturas ya existentes con una auténtica evangelización inculturada" y "una continua inculturación", a fin de que "la fe se profundice y se encarne cada vez más en las conciencias y en la vida social".⁷⁰ En nuestro/s pueblo/s latinoamericano/s pueden encontrarse frutos de la primera evangelización, pero, de cara al movimiento cultural de nuestro tiempo, es necesaria una profundización y una actualización permanente de la inspiración cristiana de su/s cultura/s, a lo que el Papa llama "continua inculturación" y que responde al espíritu de la Nueva Evangelización.⁷¹

66. Cf. la citada carta al Pontificio Consejo para la Cultura y "Mensaje a los Indígenas", 13/10/92, 6. Cf. *RM* 39; CA 50-51.

67. Cf. *EN* 18-20.

68. Cf. "Aos Bispos de Zaire", *L'OssRom* (Port.), 7/12/96, 8; "Mensaje a los Indígenas", 13/10/92, 6; "Mensaje a los Afroamericanos", 13/10/92, 4; "Discurso en Cartagena", *AAS* 79 (1987), 104, 7.

69. "Discurso en la Universidad de Coimbra", 15/5/82, en *Insegn* V (1982) 2, p. 1695. También, *CTI*, *op. cit.*, 4.

70. Cf. *DSD* 22.24.28.

71. Cf. *DSD* 21.

En particular, el Pontífice afirma que habrá que poner un particular interés en relación a las culturas indígenas y afroamericanas,⁷² en las cuales ya se encontraban “semillas del Verbo” antes de conocer el mensaje cristiano. Pero también habrá que estar atento a “ciertas manifestaciones socio-culturales que están surgiendo en defensa del hombre y de su entorno, y que han de ser iluminadas por la luz de la fe” (como por ejemplo, el movimiento ecologista).⁷³

Por último, el Papa destaca que “María de Guadalupe ofrece (para América Latina) un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada”.⁷⁴

3.2 *Inculturación de un sujeto pastoral concreto*

3.2.1 *En el Pueblo de Dios*

Dice Juan Pablo II que “los retos de la misión son de tal envergadura que no pueden ser acometidos eficazmente sin la colaboración, tanto en el discernimiento como en la acción, de todos los miembros de la Iglesia” (VC 74). En el contexto de lo que vengo diciendo, me voy a detener en un sujeto pastoral concreto, a saber, la vida consagrada, tratando de ver cómo ésta, –desde su participación en la vida del Pueblo de Dios como carisma del mismo que es–, inhiere en el proceso de inculturación, aportando y enriqueciéndose en el mismo, en “*comunión y diálogo* con las otras instancias eclesiales” (*ib*). En concreto, desde su participación en la vida de las iglesias particulares, “porción del Pueblo de Dios, en las que está verdaderamente presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica”⁷⁵ (VC 48).

Así, “*el carácter de universalidad y de comunión* que es peculiar de los Institutos de vida consagrada y de las Sociedades de vida apostólica” y su “connotación supradiocesana, que tiene su raíz en la especial vinculación con el ministerio petrino”, se expresan en el servicio a las iglesias particulares, “en las cuales pueden promover eficazmente el «intercambio de dones», contribuyendo así a la inculturación del Evangelio que asume,

72. Cf. DSD 22; “Mensaje a los Indígenas”, 6; “Mensaje a los Afroamericanos”, 3.

73. Cf. DSD 22.

74. DSD 24.

75. *Christus Dominus*, 11.

purifica y valora la riqueza de las culturas de todos los pueblos" (VC 47).⁷⁶ Este texto recapitulador aplica a la vida consagrada muchos de los aspectos que he venido analizando en los puntos anteriores, manifestando una vez más su eclesialidad.

3. 2.2 *En relación a las culturas en general*

Dice Juan Pablo II que "la vida consagrada hace a las personas aptas para este trabajo de inculturación, en cuanto las educa en el desprendimiento de las cosas e incluso de la propia cultura".⁷⁷ El Papa parece descubrir en los consagrados agentes privilegiados para el proceso de inculturación, y esto por el dinamismo propio de este estilo de vida. Dado que "por sí misma es portadora de valores evangélicos, [la vida consagrada] motiva la inculturación"⁷⁸ y, en general, "el desarrollo cultural".⁷⁹

"Al ser signo de la soberanía de Dios y de su Reino, puede mover la conciencia de los hombres",⁸⁰ ya que pone a las culturas de cara a lo que en ellas está llamado a ser más significativo. Por último, "al manifestar a Dios como sumo bien, [los religiosos] denuncian lo que atenta contra el hombre",⁸¹ promoviendo de este modo una liberación y humanización integral. Las personas consagradas llevan a cabo esta misión "por la mutua aceptación en la diversidad y ejerciendo la autoridad, por la comunión de bienes, por su mentalidad internacional, por la asociación intercongregacional, y por la escucha de los hombres y mujeres de nuestro tiempo".⁸²

La eficacia de la vida consagrada en el proceso de inculturación demuestra la vida de "muchos santos y santas, que en diferentes momentos de la historia [...] señalaron nuevos caminos",⁸³ y en especial "los fundadores y fundadoras", quienes "han mantenido un diálogo audaz y fecun-

76. Dice LG 13 que "en virtud de esta catolicidad, cada una de las partes ofrece sus dones a las demás y a toda la Iglesia, de suerte que el todo y cada uno de sus elementos se enriquecen con las aportaciones mutuas de todos y con la tendencia común de todos a la plenitud en la unidad. De donde resulta que el Pueblo de Dios no sólo congrega gentes de diversos pueblos, sino que en sí mismo está integrado por diversos elementos".

77. VC 79b.

78. VC 80a.

79. VC 80b.

80. *Ibid.*

81. VC 80a.

82. VC 80b.

83. VC 80a.

do con los pueblos, ayudados por su carisma específico, con la misma actitud de Jesús que se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo (Fp 2,7).⁸⁴ Así, “sin ser absorbidos por la época, contribuyeron al desarrollo de los pueblos”.⁸⁵ A imitación de ellos, también hoy la vida consagrada tiene que ayudar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo a “discernir las huellas de Dios en la historia de los pueblos, que dirige a todos hacia la salvación”.⁸⁶

Por último, “los Institutos de vida consagrada han tenido siempre un gran influjo en la formación y en la transmisión de la cultura, investigando y defendiendo frecuentemente las culturas autóctonas”,⁸⁷ de lo que la historia de esos mismos Institutos da abundante testimonio. “Al estudiar y comprender mejor sus riquezas [...] las abrazan y perfeccionan con su propio carisma”.⁸⁸ Además, “por su connotación supradiocesana [...] están también al servicio de la colaboración entre las diversas Iglesias particulares, en las cuales pueden promover eficazmente el “intercambio de dones” contribuyendo así a una inculturación del Evangelio que asume, purifica y valora la riqueza de las culturas de todos los pueblos”.⁸⁹

3.2.3 *En relación a la/s cultura/s de América Latina*

De un modo particular, en América Latina “los religiosos han jugado un papel muy importante” en cuanto a inculturación se refiere, ya desde el comienzo de su evangelización: “la evangelización inicial estuvo dirigida ante todo a los pueblos indígenas, que en algunos lugares tenían una cultura notablemente desarrollada. En todo caso, se trataba de realizar una «inculturación» del Evangelio” (CE 9).

El Papa destaca también el aporte de los religiosos en relación a los “inmigrantes venidos de Europa” y a la “sociedad mixta” a la que esta inmigración dio lugar (*ib*). También aquí expresa su reconocimiento por la contribución de los religiosos a la “actual sociedad latinoamericana”, la cual se ve animada por una “cultura cristiana”.

En preparación a la *IVª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, Juan Pablo II terminaba haciendo una mirada prospectiva,

84. VC 79ab; cf. CE 28; EIA 61.

85. VC 80a.

86. VC 79a.

87. VC 98.

88. VC 79b; cf. *Propositio* 40, A.

89. VC 47; cf. 80a.

al recordar a los consagrados/as que “en la fidelidad al propio carisma encontrarán la fuerza y la creatividad apostólica que los guiará en la predicación e inculturación del Evangelio” (CE 28). De este modo, también en América Latina, se abre para los religiosos/as todo el capítulo de lo que VC 37 llamará “fidelidad creativa”.

3.2.4 *Enriquecimiento de la vida religiosa*

Junto al movimiento de asunción, purificación y elevación que, en comunión con las iglesias particulares, realiza la vida consagrada respecto a las culturas de los pueblos, se da otro de enriquecimiento y reexpresión desde éstas hacia aquélla, con carácter simétrico y como contrapartida del intercambio.

Dice el Papa que “la verdadera inculturación hace vivir a las personas consagradas de acuerdo con la idiosincrasia del pueblo y con el carisma del Instituto”.⁹⁰ Esto enriquece al Instituto en cuanto la forma que cada pueblo tiene de abrirse a la trascendencia, concebir el mundo, las relaciones humanas, la familia y la sociedad, el trabajo y el descanso, las costumbres, el arte, etc., le permite reexpresarse de un modo original, y le da la posibilidad de desplegar “el misterio oculto” de un modo novedoso, en conformidad con su propia índole carismática. De este modo, las nuevas culturas se convierten en estímulo para una “fidelidad creativa” (VC 37) por parte de los religiosos/as.

Así, pues, se establece una “relación fecunda”, “de la que brotan riquezas para todo el Instituto” (VC 98); ya que en toda realidad profundamente humana pueden inspirarse nuevas expresiones de fe. VC 79 señala algunas: el contacto con las culturas “estimula –en los religiosos– la contemplación cristiana, la participación comunitaria, la hospitalidad y atención a las personas, como así también el cuidado de la naturaleza”.⁹¹

90. VC 80b.

91. VC 79a

4. Conclusión

En el recorrido que hemos realizado, y después de habernos detenido en el significado de la cultura para Juan Pablo II, pudimos percibir el dinamismo intrínseco al proceso de la inculturación como movimiento de mutuo enriquecimiento e intercambio entre fe y cultura, pueblos e Iglesia.

De este modo, inculturación es mucho más que adaptación o aculturación: aquélla apunta a la transformación de las culturas desde dentro por medio del Evangelio (evangelización de la cultura), para que éste pueda ser vivido, celebrado y pensado desde la idiosincrasia de los pueblos.

El trasfondo de este proceso será siempre de carácter Trinitario: el designio de Dios que se apoya en los misterios de la Encarnación, Pascua y Pentecostés, mediante el cual la Iglesia asume, purifica y eleva la riqueza de las culturas de los pueblos; e incluirá cuatro momentos ligados a la progresiva configuración de las iglesias particulares: a) aculturación, b) inculturación de los evangelizadores (o *inculturación prevalentemente objetiva*), c) evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio (o *inculturación prevalentemente subjetiva*), d) reexpresión eclesial; en los que todo el Pueblo de Dios presente en una iglesia particular es objeto y sujeto de inculturación, y en los que las culturas son destinatarias activas de una progresiva y nueva evangelización inculturada.

Hemos visto que el discernimiento es el presupuesto indispensable de una verdadera inculturación: exige conjugar audacia y prudencia, actitud de apertura confiada a las culturas y fidelidad al Evangelio y a la comunión con la Iglesia universal, docilidad al Espíritu y obediencia a los pastores.

Por último, hemos considerado de un modo particular el dinamismo del proceso de inculturación en un sujeto pastoral concreto: la vida consagrada. En él, la riqueza del carisma fundacional contribuye a la transfiguración de las culturas y éstas a la reexpresión de aquél. De este modo, el Papa descubre en los consagrados agentes privilegiados para el proceso de inculturación.

GERARDO DANIEL RAMOS SCJ

2-4-2002